

Kepa Aulestia

Volver a Aznar

El eco de las palabras pronunciadas el martes hizo una semana por el expresidente Aznar se ha desvanecido debido a que Rajoy y los dirigentes populares evitaron replicarlas. Pero han dejado su rastro en el aire siempre denso de la política partidaria como advertencia de que la próxima vez el presidente actual no podrá eludir el cuerpo a cuerpo. Sería sorprendente que quien ejerció el hiperliderazgo sobre el centro-derecha español durante una década larga regresase al primer plano de la vida pública diez años después de su voluntaria retirada. Ni siquiera la sesgada interpretación de su acervo, de la que hizo gala en la entrevista de Antena 3, parecería suficiente. Sobre todo cuando tal decisión depende de quienes en el seno del PP estén dispuestos a propiciarla. Pero el Aznar que se erigió en fiscalizador de la ejecutoria de Rajoy cuenta con una ventaja: algún día el imposible presidente comenzará a flaquear. Es la ley cíclica que domina sobre el ascenso y caída de las opciones políticas. Y ese día Aznar estará ahí para recordarnos que ya lo advirtió él con la altanería de quien cree no haber sido derrotado nunca.

El deliberado mensaje de Aznar venía a advertir sobre la imposibilidad de administrar una mayoría absoluta tan envidiable como la que obtuvo Rajoy en noviembre del 2011 si se desatiende el compromiso contraído con las clases medias y, sobre todo, si se las obliga a un sacrificio duradero. Y al mismo tiempo demandaba una acción gubernamental más decidida frente a todo cuanto se oponga al proyecto propio, como la deriva soberanista en Catalunya. Reclamaba un horizonte de esperanza para los españoles, y sugería que ello precisa una actuación más enérgica por parte del Gobierno. Es fácil comprender que se reivindicaba a sí mismo en la necesidad de un liderazgo fuerte frente al dirigismo meramente impasible de Rajoy.

En los años ochenta del pasado siglo las estrategias políticas de la izquierda y de la derecha se veían conminadas a hacerse

con el siempre escurridizo centro sociológico en algo que parecía una permanente subasta electoral. La constatación de que el éxito propio debía basarse en el fracaso ajeno hacía el resto. En los años noventa algunas experiencias de los republicanos estadounidenses y la ávida lectura de sus publicistas operó un cambio de paradigma estratégico en la derecha: el secreto estaba en cohesionar y activar un núcleo de entusiastas comprometidos, apurando el poten-



ÓSCAR ASTROMUJOFF

cial reactivo que la sociedad albergaba respecto a la izquierda, para descolocar a esta y generar una espiral de confrontación propicia. Es fácil establecer un paralelismo entre esa novación estratégica y la sincrónica reorientación evangelizadora de la jerarquía católica en busca de la máxima rectitud doctrinal, aun a expensas de una menor audiencia inmediata. La última expresión de ello se dio en torno a las teorías de la conspiración del 11-M, cuando el PP corrió el riesgo de acabar colonizado por la

“derecha extrema”. Fue la impasibilidad de Rajoy lo que permitió a los populares liberarse de la espiral trazada bajo el supuesto de que los adversarios podían ser liquidados para siempre. Paradójicamente, fue quien logró desbaratar el socialismo o aprovecharse de su paulatino declive en el 2011.

Aznar sabe que aunque el próximo año España inicie la recuperación, los ciudadanos no se hincarán de rodillas para agradecer a Rajoy haberles guiado certeramente durante tan costosa travesía. Todo lo contrario, será entonces cuando arrecien las críticas por la tardanza, por la inapreciable mejora de las condiciones materiales. La ingratitud acompaña al ejercicio de la política cuando esta no ofrece, en el mejor de los casos, más que el discutible cumplimiento del deber. Pero probablemente Aznar no es más consciente de los límites del proyecto popular de lo que lo es Rajoy. Además, el recuerdo selectivo y sesgado del pasado constituye la guía menos aconsejable para afrontar un futuro en el que la apelación a la bajada de impuestos –al criterio liberal de que toda acción pública ha de orientarse a estimular la actividad económica privada– puede ser tan bien recibida como poco movilizadora.

Aznar fue el artífice de la casi milagrosa unidad del centroderecha español. Ni la historia de España ni las sociedades democráticas ofrecen un ejemplo semejante. Es posible que se sienta dueño de tal creación y, por eso mismo, legitimado para zarandear a la criatura. Pero la próxima vez que vuelva a corregir a Rajoy estará proclamando el final de la unitaria experiencia. Estará reclamando un núcleo más compacto y una gestión más resolutiva del poder, incluso a riesgo de que lo pierda el PP. Estará exigiendo que la derecha vuelva a Aznar para empezar de nuevo sin la mínima garantía de reeditar el periplo de la mayoría absoluta.●

Pilar Rahola



Mitos catalanes

Reitero lo que he dicho en el programa de Cuní, en *8 al día*: algunos de los mitos del nacionalismo catalán no se mantendrían si, lejos de situarse en el territorio sentimental, lo hicieran en el duro asfalto de la realidad. Como toda lucha nacional vertebrada desde la resistencia, también la catalana ha construido ideas que nacen en lo esencial. Y de entre estos mitos virtuales, hay dos que son tan sagrados que es un anatema cuestionarlos. Me refiero al mito de la solidaridad vasca y al no menos grandioso mito de los Països Catalans. Y empezaré por una previa necesaria: tengo una lógica simpatía por el País Vasco y, además, tengo viejos amigos, a quienes respeto y admiro. Y con respecto a los Països Catalans, sobra decir cómo me duele la progresiva e imparable destrucción del idioma y el borrado sistemático de la memoria compartida. Con sinceridad, veo difícil que el catalán sobreviva en les Illes o el País Valencià. Y ello a pesar de la gente extraordinaria que lucha con fuerza para mantener su identidad, y con los cuales tenemos un deber de solidaridad. Pero, con todo, la realidad se ha con-

Me refiero al mito de la solidaridad vasca y al no menos grandioso mito de los Països Catalans

vertido en una dura lección que debemos aprender si no queremos navegar por caminos esenciales tan románticos como inútiles.

Y empiezo por el tema vasco. Más allá de la simpatía supongo que mutua, ¿qué nos ha dado Euskadi a lo largo del tiempo? Lo digo porque día tras día los vascos defienden sus intereses sin tener manías –y hacen bien–, y muy a menudo lo hacen pisando los nuestros. Todavía más, han aprovechado confrontaciones de Catalunya con España para llenar el propio zurrón, y de esta práctica el Congreso de los Diputados está lleno. El último ejemplo es la decisión de los vascos, con concierto económico, de enfrentarse a la petición catalana por el techo del déficit, alineados con Monago y compañía. Pero hay tantos ejemplos que habría que decir que más allá de los lemas gritados en la calle, las pancartas y la mitología sentimental, la solidaridad vasca ni existe ni se le espera. Así que sería deseable que fuéramos superando nuestra vasquitis infantil.

El tema de los Països Catalans es diferente pero también obliga a un baño de realismo. Catalunya no puede ser la salvadora de la patria de nadie, y menos de gente que no quiere ser salvada. ¿Qué tenemos que hacer con territorios que votan masiva y reiteradamente a las Barberá, los Fabra, Zaplana o Bauzá? ¿Qué tenemos que hacer si escogen líderes que destruyen el idioma, borran la identidad y cambian la historia? ¿Los tenemos que salvar de ellos mismos? De ninguna manera. Es posible que sentimentalmente no abandonemos nunca el mito de los países catalanes, pero, con la realidad en la retina, es pura nostalgia. Ni vasquitis, pues, ni paternalismo mesiánico hacia otros pueblos, si queremos hacer un proceso nacional maduro. Los mitos no nos salvarán de un hecho incontestable: ante nuestro destino, estamos muy solos.●

DEBATE. ¿Necesitamos creer? / Josep Otón Catalán

¿Para qué creer?

El gran reto de la humanidad es proporcionar los recursos necesarios para garantizar la subsistencia de sus miembros. Ahora bien, al ser humano no le basta con subsistir, necesita resolver el enigma de su existencia. No se conforma con estar en el mundo, quiere saber por qué. Se interroga, indaga, cuestiona cuanto le sucede. Anhela escapar del confinamiento de lo cotidiano, rebasar sus propios límites para ir más allá y hallar respuestas. Esta búsqueda constituye el origen de las creencias.

En su exploración necesita un mapa que le oriente, un relato que dote de sentido su historia. La belleza, la verdad, la justicia, el bien o la libertad emergen como referentes que permiten trazar una ruta.

El arte, la ciencia o el deporte participan de este impulso. Son caminos de superación que amplían los límites de lo real. A su vez, lo religioso surge al intuir que este ensanchamiento carece de límites. Nos aboca a un fondo sin fondo, al infinito, el absoluto, la eternidad. Nos anima a trascender lo aparente y vislumbrar un horizonte emancipador. Es un éxodo (literalmente, un camino de salida), aunque a veces cristalice en un método rígido, eficaz en otra época, pero obsoleto e inoperante cuando el mundo ha cambiado. En estos casos, la religión se convierte en una mirada nostálgica al pasado que neutraliza el afán de ir “más allá”, su auténtica razón de ser. La crítica a la religión parte de esta perspectiva al considerarla un simple mecanismo de consuelo o un instrumento represor.

Pero la pregunta de “¿para qué creer?”

no es ajena a este impulso existencial. También nace del inconformismo intrínseco a la condición humana, del cuestionamiento sistemático, de la insatisfacción ante lo establecido.

Por eso, no es de extrañar que entre los críticos de la religión haya que incluir a los fundadores y reformadores de movimientos religiosos. Su conciencia crítica se forjó en su propia tradición. En ella hallaron elementos subversivos capaces de romper moldes y vestigios de novedad que señalan nuevas fronteras. Dicho todo esto, recordemos el núcleo fundamental del mensaje de las religiones. Descubrimos el sentido profundo de nuestra existencia cuando, al olvidarnos de nosotros mismos, nos preocupamos por atender las necesidades de la subsistencia de los demás. Así de simple y así de complicado.●